

LATINOAMERICA

CUADERNOS DE CULTURA LATINOAMERICANA

21

JOSE VASCONCELOS
EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO



COORDINACION DE HUMANIDADES
CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS/
Facultad de Filosofía y Letras
UNION DE UNIVERSIDADES
DE AMERICA LATINA

UNAM

EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

José Vasconcelos



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Facultad de Filosofía y Letras

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMÉRICA LATINA

José Vasconcelos (1881-1959), filósofo mexicano, maestro de juventudes, las que le reconocieran públicamente como su Maestro. Miembro del Ateneo de la Juventud, participa, en primer lugar, en la reforma cultural que se propusieron sus integrantes. Reforma que coincide con el movimiento social cristalizado en la Revolución Mexicana iniciada en 1910. Dentro de la Revolución Vasconcelos participa abiertamente hasta llegar a la Secretaría de Educación Pública llevando el alfabeto y la cultura en su más alta expresión a los más lejanos rincones de la República. Estimula las artes plásticas posibilitando el gran aporte que para la cultura universal significó la Pintura Mural. Vasconcelos, como los otros miembros de la generación latinoamericana que surge paralelamente, se replantea el problema de la integración latinoamericana; contrapone el Bolívarismo al Monroísmo. Reclama la vuelta sobre la propia realidad para potenciarla. Expresión de esa su preocupación integradora lo será su libro *La raza cósmica*. El ensayo que publicamos y que se refiere a la filosofía latinoamericana apareció en otro de sus libros, *Indología*. Filosofía que, si bien no ha de ser vista como algo ajeno a la llamada filosofía universal, Vasconcelos considera que, como toda filosofía, la que hagan los latinoamericanos ha de partir de lo que les es concreto, de la realidad que les es propia; y que será a partir de la misma, como toda filosofía, que han de deducirse las expresiones universales de la misma.

EL PENSAMIENTO IBEROAMERICANO

José Vasconcelos

Se ha dicho con frecuencia que no existe una filosofía iberoamericana. Confieso ser uno de los que han extremado la nota hasta el punto de afirmar que no sólo no es posible, sino que no es deseable que aparezca una filosofía iberoamericana, dado que la filosofía, por definición propia, debe abarcar no una cultura, sino la universalidad de la cultura. Una filosofía nacional, en consecuencia, y aun una filosofía continental, tendría que parecer tan limitada que casi se haría indigna del nombre venerable. La vieja, la ilustre filosofía, amor de sabiduría, gusta de discurrir sobre los problemas humanos sin preocuparse de las trabas y convenciones que todo organismo político impone al espíritu. Propiamente, pues, una filosofía no puede ser otra cosa que conocimiento y pasión de las cosas en general, con profundidad, ciertamente, y con eternidad, pero con cierto necesario despegue de lo temporal y arbitrario. Sin embargo, es evidente que toda filosofía implica, por lo menos en parte, una manera de pensamiento que procede de la vida colectiva y en ella se arraiga. No importa que a veces se eleve por encima de la vida colectiva, no importa que una revelación súbita nos transporte a mil leguas de la conciencia social, nos levante por encima de toda medida; el pensamiento fatalmente, mantendrá relación con su mundo, aun cuando sólo sea para separarlo y salvarlo. Todo pueblo que aspira a dejar huella en la historia, toda nación que inicia una era propia, se ve obligada por eso mismo, por exigencias de su desarrollo, a practicar una revaluación de todos los valores y a levantar una edificación provisional o perenne de conceptos. Ninguna de las razas importantes escapa al deber de juzgar por sí misma todos los preceptos heredados o importados para adaptarlos a su propio plan de cultura, o para formularlos de nuevo si así lo dicta esa soberanía que palpita en la entraña de la vida que se levanta.

No podemos entonces eximirnos de ir definiendo una filosofía, es decir, una manera renovada y sincera de contemplar el universo. De tal inevitable contemplación habrá de ir surgiendo, primero, el razonamiento que formula su metafísica; después, la práctica inspirada que consagra las leyes de la moral, y, en seguida, la mística, en cuyo seno profundo germina el arte y se orienta la voluntad. Conviene precavernos, es claro, del peligro de formular un nacionalismo filosófico en vez de filosofar con los tesoros de la experiencia nacional. No es legítimo torcer los principios para que sirvan las exigencias más o menos pasajeras del nacionalismo; pero también es menester que sacudamos buena parte de esa ideología de destacados que hace un siglo padecemos. Filosofía de simios atentos al gesto. preocupados de la moda y del estilo, pero incapaces de advertir el sentido profundo del momento que atravesamos, generaciones que en arte y en pensamiento y aun en cuestiones de sensibilidad no nos atrevemos a soltar al viento la vibración del alma, no más atentos a la norma y temerosos de incurrir en censura o de caer en ridículo. ¡Pueril temor al ridículo que es en sí más ridículo que tal o cual desentono; cómo tenemos atados los modales y el pensamiento! ¡Y cómo todo esto nos ha hecho caer en el convencionalismo y en el adjetivo, patrimonios menguados de los que no osan manejar la idea y el suceso! El afán del corte elegante, aun con descuido de la esencia creadora; el ropaje antes que el ritmo de la emoción: he ahí la causa de toda esa literatura prestada que, con raras excepciones, ha llenado nuestras revistas y no pocos de los libros que cristalizan nuestra literatura continental. Estilo elegante, es decir, estilo de cortesano. En efecto, el señor crea, con el ademán, la regla, en tanto que el criado apenas se atreve a copiar.

Uno de los más favorables síntomas que es fácil advertir en el momento cultural de la América Latina es esa patente rebelión contra el convencionalismo y la copia y el afán, cada día más notorio, de prestar oído a lo que se dice más bien que a la manera como se dice. Escritores hay en el día que gozan de cierta fama, varios habemos que escribimos mal, y, sin embargo, se nos lee y aun se

nos atiende. No es aventurado decir que hace veinte años nadie se hubiera ocupado de otra cosa que de señalar los yerros de sintaxis o los descuidos de la expresión. Quizás hoy contamos con menos estilistas, pero no hay duda de que nos preocupa más el valor metafísico y el fondo humano del concepto. Cierta vocabulario, cierta sintaxis, pueden no bastar en un momento dado al pensamiento; de ahí que el pensamiento siempre se haya sentido autorizado a crear la ley, las formas y la substancia de su expresión. El pensamiento iberoamericano parece entrar hoy francamente en esa vía libre de la fuerza que se manifiesta. Nuestra espiritualidad deja de ser atavío para convertirse en ritmo directo de nuestro desarrollo. Y no obstante que hoy sea más acentuada, no sería posible afirmar que la liberación se inicia en estos instantes, porque en seguida nos vendrían a la memoria páginas robustas como las de Sarmiento y las del padre Mier, como las de Andrés Bello y las de Montalvo. Pero es indudable que ahora se manifiesta con caracteres colectivos una manera de emancipación que es complemento indispensable de la autonomía política: la emancipación de nuestro pensamiento en la forma y en el fondo. En gran parte, la pobreza de la producción intelectual del primer siglo de nuestra vida independiente se debe a la timidez que nos tenía atentos al modelo y a la ingenuidad de ir a buscar emociones y estilos allí donde el espíritu ha producido cosas admirables, sin duda, pero ya gastadas de contenido, pobres de ambiente o, de todas maneras, ajenas a nuestro momento espiritual, de ahí que nuestra literatura no corresponda todavía al ambiente agrandado y espléndido de la América. Imaginad lo que hubiese sido Darío, el más grande de los nuestros, si al fin de sus años no se sale de su pisito parisiense para volver al sol y al viento de las montañas nativas. Poco quedaría de él, a mi juicio, si su poesía versallesca no hubiese sido superada por los *Cantos de Vida y Esperanza*, por el hálito de infinitud que palpita en sus creaciones mayores.

Se diría que en todos los órdenes, y a pesar de las recaídas en la barbarie que todavía suelen ser frecuentes en algunos de nuestros países, corren por la América

hispánica vigorosas corrientes de creación. Creación he dicho, y no renovación, porque renacen los pueblos antiguos capaces de remozar una tradición perdida, pero nosotros apenas nacemos. En efecto, bien visto y hablando con toda verdad, casi no nos reconoce el europeo, ni nosotros nos reconocemos en él. Tampoco sería legítimo hablar de un retorno a lo indígena, retorno que, aun suponiéndolo atinado, no sería posible porque no nos reconocemos en el indio, ni el indio nos reconoce a nosotros. La América española es, de esta suerte, lo nuevo por excelencia, novedad no sólo de territorio, también de alma. Conciencia sin antepasados hasta donde es posible imaginar así una conciencia; que, por lo mismo, debe ser creadora, creadora y organizadora del aporte pasado, creadora y constructora del presente, iniciadora y preparadora del porvenir. ¡Qué la enormidad de la tarea sea el mejor aliciente de las robustas voluntades! ¿A quién puede asombrar que en sólo un siglo apenas comience tal raza a plantear su propio problema, a darse cuenta de su propia misión? [. . .]

A partir de la Conquista actúan en el continente hispánico dos corrientes de pensamiento: la mística del catolicismo español, intolerante, pero sincero y fervoroso, y el idealismo pragmático de los conquistadores. En efecto, los descubridores y fundadores de los países que hoy constituyen el mundo hispanoamericano de la América poseían temperamentos de esos que reforman la realidad misma, de tanto exagerarla y superarla en la fantasía y en la acción. Hombres movidos por el miraje de la realidad, hombres que no ven lo que tienen delante, porque un ensueño los lleva a buscar los eternos Eldorados que el planeta no puede dar, pero que el alma hace y deshace. No me explico de otra manera el prodigio de aquellas hazañas. Pues si fuese exacto, como lo ha pregonado gente que no puede concebir el ideal ajeno sin contagiarse de la propia mezquindad, si fuese exacto que los capitanes, movidos de codicia y de afanes temporales, no buscaban otra cosa que el oro de las minas y el bienestar de los mediocres, no se explica que ya que todo esto tenía, pongo por caso, un Alvaro, señor de Guatemala y de otros reinos y que de todo gozaba en paz, sin

embargo, un día se le ocurriese, lleno de zozobra, convocar a sus soldados, abandonar cuanto posee y marchar por esos durísimos caminos a lomo de mal caballo, atravesando sitios que aún hoy nadie atraviesa, y recorre Centroamérica y pasa sobre las crestas del istmo de Panamá y asciende las gigantescas serranías colombianas y cruza el altiplano magnífico y llega hasta cerca de Quito. ¿En busca de qué? En busca de oro, han repetido los pobres de espíritu, los que nunca acertarán a comprender el heroísmo. ¿Cómo si el oro fuese capaz de mover de esa manera el afán; como si el oro no obligase a estarse quieto y escondido cuidando las monedas que llenan los sacos! Si a ellos mismos se les hubiese preguntado qué era lo que buscaban, habrían respondido: "Tierras que conquistar, o minas inagotables y esclavos". Pero todo eso era el pretexto pueril que es necesario dar a nuestras actividades para que puedan presentarse sin embarazo a la faz del mundo. El mundo quiere ruines motivos y se le dan los motivos pequeños; pero el fondo, el oculto resorte de aquellas ansiedades y de aquellos atisbos de gloria no era probablemente ni el afán de proselitismo, sincero en los misioneros, pero vagamente concebido por los soldados, sino que el apetito que los empujaba era el apetito de la contemplación, el encanto y el esplendor de los paisajes más hermosos de la Tierra. Quien ha recorrido aquellas mesetas soberanas, limitadas siempre muy lejos y cada vez por la masa sinuosa de las cordilleras que se levantan en picos, para luego descender en vertientes o para ensancharse de nuevo en el plano habitable y risueño de los valles; el que ha sentido el atractivo siempre cambiante de estas perspectivas sin término, comprenderá fácilmente cual era la fuerza que movía a aquellos poetas de la acción, fantasías ávidas que, sin saberlo, iban cumpliendo los principios espirituales de un nuevo rito de esa suerte de religión que es necesario formular en nuestro continente: el culto del paisaje, como la manera más pura de manifestación de lo divino.

El misticismo religioso y el afán, místico también, de la belleza natural son para mí los factores principales que el alma castellana aportó a la espiritualidad, a la

nueva conciencia del continente, y aun me imagino que, de haber sido aquellas tierras unas tierras feas, los soldados de la Conquista, hambrientos y rudos como se les ha querido pintar, no habrían llegado al interior, no habrían vencido ni a los mosquitos de la costa, porque todos, enfurecidos y alharaquientos, habrían retornado a su Castilla de limpio cielo, a su Andalucía voluptuosa recién conquistada y llena de deleites. No eran, pues, mendigos a caza de oro los que de aquella suerte dominaron un mundo. El tipo del gambusino ambicioso que sueña con sacos de monedas y cuentas corrientes de banco llega después con las bonanzas, ya que la tierra vencida descubre las vetas del metal que corrompe, cuando los cielos ya no hablan. Para el áspero, para el ruin trabajo de hurgar en las sombras un tesoro que daña no hubieran servido los conquistadores; para eso hacían falta una especie de topos del alma. Escarban la tierra sin atender al prodigio de la comunión de la conciencia con la naturaleza. [. . .]

Y así, cambiando cada veinte años y sin haber hallado sosiego llegamos al presente. ¿Qué es lo que hoy piensa la América Latina? Relativamente fácil resulta definir el pensamiento de una época pasada, sin duda porque la miramos a distancia y nos pasa lo que con las grandes serranías: que vistas desde el valle se dibujan con precisión en el horizonte, ricas de eminencias altísimas, suaves de contornos ondulantes y extensos, hondas apenas en las quebradas y en las cuencas borrosas de color violeta; pero en cuanto estamos dentro de la serranía, ¡qué profusión de masas informes, qué desconciertos de alturas que aparecen apenas distintas de otras más bajas y que son, sin embargo, cúspides y señales que darán nombre al paisaje entero!

Sin hablar, pues, de alturas y proporciones que nos toca a nosotros medir, digamos que se salió del positivismo; pero que, por desgracia, se ha caído en dos extremos igualmente funestos: en la reacción ciega hacia el pasado por una parte, y por la otra, por la parte de las izquierdas, en un materialismo social, que es reflejo del materialismo económico y filosófico de la mayor parte de las escuelas

socialistas europeas y norteamericanas. Como en el fondo de este materialismo hay, más que irreligiosidad fundamental, desencanto por la ineficacia práctica de las anteriores creencias, no es de extrañar que con él conviva un idealismo que los ingenios más bien informados tratan de encauzar en forma que no contradiga, sino que refuerce, el movimiento de liberación de los oprimidos. Por otra parte, es natural que el movimiento social cobre fuerza en América, en donde el más obtuso palpa el contrasentido de la gran riqueza virgen y la gran miseria de la gente, contraste debido en gran parte a los errores de la organización política y social. De ahí que nuestra preocupación primera sea resolver el problema del mejoramiento colectivo. Aquí donde parece tan fácil la mejoría, tiene que ser más tentadora la resolución de ejecutar ensayos y de imponer cambios. En toda esa intelectualidad que no llega a expresarse en el libro, pero que forma ambiente y triunfa en la política primitiva de nuestros países incultos donde la cultura suele ser un estorbo para el éxito, predomina, pues, en la actualidad, una suerte de filosofía materialista, sin metafísica de ningún género. No obstante que esta clase de pensamiento sea frecuente en la gente semiilustrada de todas las épocas, no creo que deba dejar de señalarse esta lamentable situación que es aguda en nuestra época.

El pensamiento cultivado, el pensamiento universitario, al separarse del positivismo, al desentenderse del spencerianismo, cayó en la boga muy pasajera de Bergson. Pero en la actualidad, en los centros más importantes, como en Lima y en Buenos Aires, La Plata, etc., parece operarse una revolución de conceptos que faltamente nos ha llevado al estudio de Kant, punto de partida todavía indispensable de toda especulación profunda.

Podrían señalarse trabajos como los de Ibérico Rodríguez en el Perú, y publicaciones como las de las universidades de La Plata y de Córdoba, para demostrar este renacimiento de los estudios kantianos.

Sin embargo, todavía no acabamos de atravesar el negro período agnóstico, la época en que una gran ma-

yoría de personas cultas llegó a imaginar que la metafísica y la religión eran problemas del pasado. Una verdadera enfermedad del espíritu es la que hemos ido pasando. La enfermedad del ateísmo fundamental, es decir, ese estado de alma en que no se cree en ninguna finalidad sobrehumana, en nada que supere al goce de los sentidos y al límite de la vida corporal. Ateísmo que desconoce toda finalidad suprasensible, incredulidad del ideal en cualquiera de sus formas. Substitución de la práctica, que es medio, por el fin, que no sólo se desconoce, sino que se niega. Nuestro grosero pragmatismo se ha quedado más abajo que el de Norteamérica, porque ni siquiera se ha ensayado en ese ejercicio de definirse a sí mismo lo que en los Estados Unidos ha producido toda una escuela filosófica. Pragmatismo inconsciente ha sido el nuestro, ausencia absoluta de fe en los valores altos de la vida.

Los movimientos de reivindicación popular que en unos países han provocado verdaderas revoluciones, como en México, y en otros muy serias corrientes de opinión renovadora, como por ejemplo, en la Argentina, todo este vago reformismo que suele cobijarse bajo el nombre de socialismo, he ahí la única manifestación superior de nuestro continente en los últimos veinticinco años. Un ideal social, ¿será esto lo primero que entre nosotros forme escuela y produzca frutos? Tal vez sí, y se explica el caso por la falta que nos hace salir del régimen económico feudal en que nos encontramos desde el Bravo hasta el Plata.

Por otra parte, la actividad meramente especulativa no está del todo inerte. Se revela en estudios como los de Korn, en Buenos Aires, la decisión de volver a estudiar la metafísica como ciencia de las verdades fundamentales. Un caso muy significativo y que casi marca un período en la historia de nuestro pensamiento lo hallo en los libros del profesor Nicolai, que nos ha traído nuevos conceptos biológicos y sociales, y a la vez se ha dejado absorber del ambiente iberoamericano, puesto que sus obras recientes ya se publican en castellano. Sus teorías, sólidamente científicas y contrarias a la tesis del exter-

minio de los débiles por la lucha y la competencia vitales, etc., serán algún día como la base de toda sociología iberoamericana. Enfrente del darwinismo, que como una ponzoña destructora nos dieron los filósofos de las naciones imperialistas, las doctrinas de cooperación y auxilio mutuo que, antes que nadie, Nicolai ha propagado en nuestros medios, responden exactamente a la condición social de la América Latina y a la misión histórica que nos está encomendada.

Simplemente para señalar una corriente todavía obscura, pero susceptible de grandes desarrollos, quiero señalar también alguno. libros míos, como el *Pitágoras* y *El Monismo Estético*, donde se intenta iniciar un movimiento filosófico fundado en la emoción. Se han hecho filosofías a centenares con los datos de los sentidos y con las reglas de la inteligencia. Y yo creo que corresponde a una raza emotiva como la nuestra sentar los principios de una interpretación del mundo de acuerdo con nuestras emociones. Ahora bien, las emociones se manifiestan no en el imperativo categórico ni en la razón, sino en el juicio estético, en la lógica particular de las emociones y la belleza. No es éste lugar para insistir en esta doctrina, pero era necesario recordarla, porque creo que ella corresponde a un estado de ánimo continental y no es, por lo mismo, una simple elucubración de la fantasía.

Con la necesaria franqueza hemos condenado las corrientes de materialismo inconsciente que obscurecen el horizonte mental de nuestra América. ¡Ojalá que de esta preocupación material pudieran surgir las reformas económicas que son de urgente imposición! Por desgracia, nada sale de un mero sensualismo. Todo progreso es hijo del soplo invisible. Lo que no se funda en alguna noción del más allá sólo da ocasión a los malos para vestirse con un nuevo disfraz. El caudillaje y la tiranía, desprestigiados bajo el antifaz republicano, se exhiben hoy con el colorete socialista en las mejillas, pero en las manos sólo traen la mancha de sangre. Pavorosa es la corrupción moral de nuestros pueblos. Densa su confusión. El cinismo como medio y el éxito como fin; he ahí el

lema que a tantos trae venturosos. ¡Despreciable ventura; es mejor la derrota! La tenacidad con que en determinados sitios el esfuerzo se mantiene inflexible nos da derecho a concebir esperanzas. Así como hay tantos que todo lo fían al azar y al cinismo, hay también otros que logran poner en acción las fuerzas superiores de la vida. Hay no sé qué vago idealismo, no sé qué misticismo confuso, pero profundo, como un cristianismo que se renueva libre y fervoroso. Tarde o temprano triunfa el bien. Lo que a mí todavía no me descubre la Historia es la manera del triunfo. No sé si el triunfo y la liberación son casos individuales, como lo afirma el saber tradicional, o si no estamos totalmente errados los que creímos, con todo el idealismo social del siglo XIX, que el progreso podía adoptar formas universales y colectivas para que la salvación ya no se hiciese por individuos, sino por pueblos. El enigma sigue insoluble. Prestemos nuestro aliento al soplo de la esperanza, ya que así lo manda la ley de emoción de esa filosofía que yo quiero ver brotar en el continente. El continente donde manda el corazón encendido. ¡La zarza ardiente de la sabiduría divina!

(*Indología*, Barcelona, 1927.)

**Siendo director general de Publicaciones José Dávalos
se terminó la impresión de El Pensamiento
Latinoamericano,
en los talleres de Polymasters de México, S. A.
el 21 de noviembre de 1978.
Se tiraron 10.000 ejemplares.**

TOMO I:

1. Simón Bolívar, CARTA DE JAMAICA. 2. Arturo Ardao, LA IDEA DE LA MAGNA COLOMBIA. DE MIRANDA A HOSTOS. 3. Francisco Bilbao, INICIATIVA DE LA AMERICA. IDEA DE UN CONGRESO FEDERAL DE LAS REPUBLICAS. 4. Arturo Andrés Roig, LOS IDEALES BOLIVIANOS Y LA PROPUESTA DE UNA UNIVERSIDAD LATINOAMERICANA CONTINENTAL. 5. Justo Sierra, INAUGURACION DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL. 6. Darcy Ribeiro, LA CULTURA LATINOAMERICANA. 7. José Martí, NUESTRA AMERICA. 8. Francisco Miró Quesada, IMPACTO DE LA METAFISICA EN LA IDEOLOGIA LATINOAMERICANA. 9. Juan Bautista Alberdi, IDEAS PARA UN CURSO DE FILOSOFIA CONTEMPORANEA. 10. Roberto Fernández Retamar, NUESTRA AMERICA Y EL OCCIDENTE.

TOMO II:

11. Andrés Bello, LAS REPUBLICAS HISPANO-AMERICANAS. AUTONOMIA CULTURAL. 12. Augusto Salazar Bondy, SENTIDO Y PROBLEMA DEL PENSAMIENTO FILOSOFICO HISPANOAMERICANO. 13. Juan Montalvo, OJEADA SOBRE AMERICA. Washington y Bolívar. 14. René Depestre, PROBLEMAS DE LA IDENTIDAD DEL HOMBRE NEGRO EN LAS LITERATURAS ANTILLANAS. 15. Alfonso Reyes, NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA. 16. Arnold Toynbee, EL HEMISFERIO OCCIDENTAL EN UN MUNDO CAMBIANTE. 17. Eugenio María de Hostos, EL DIA DE AMERICA. AYACUCHO. 18. Leopoldo Zea, AMERICA LATINA: LARGO VIAJE HACIA SI MISMA. 19. José Enrique Rodó, ARIEL (fragmento) 20. Ernesto Che Guevara, EL HOMBRE NUEVO.

**RECTOR**

Dr. Guillermo Soberón Acevedo

SECRETARIO GENERAL ACADEMICO

Dr. Fernando Pérez Correa

SECRETARIO GENERAL ADMINISTRATIVO

Ing. Gerardo Ferrando Bravo

COORDINADOR DE HUMANIDADES

Dr. Jorge Carpizo

DIRECTOR FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Dr. Abelardo Villegas

CENTRO DE ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Dr. Leopoldo Zea

UNION DE UNIVERSIDADES DE AMERICA LATINA**SECRETARIO GENERAL**

Dr. Efrén C. del Pozo.